



VIVIANA
RIVERO
UNA LUZ FUERTE
Y BRILLANTE



Viviana Rivero

Una luz fuerte y brillante



emecé
escritores argentinos

LA GUERRA DE SIRIA

En marzo de 2011, en la ciudad de Daraa, al sur de Siria, un grupo de adolescentes pintó en las paredes de la vía pública consignas políticas contra el presidente Bashar al Asad.

Como los muchachos fueron encarcelados y torturados, la ciudadanía salió a la calle para pedir su liberación. En sintonía con las manifestaciones originadas en Egipto y que se extendieron en otros países de la región –acontecimientos que más tarde se conocerían bajo el denominador común Primavera Árabe–, el pueblo también reclamó por más derechos y más democracia.

En Damasco y Aleppo, las marchas fueron multitudinarias y se replicaron por todas las ciudades del país durante varios días. Con el fin de disuadirlas, las fuerzas de seguridad nacionales abrieron fuego contra los manifestantes. Sin embargo, más personas salieron a las calles y comenzaron a exigir la renuncia del presidente Bashar al Asad, quien gobernaba la República Árabe Siria desde el año 2000, tras suceder en el cargo a su padre, Hafez al Asad, cuyo mandato había durado veintinueve años.

Hacia julio de 2011, algunos decidieron empuñar las armas. Pero a más levantamientos, el gobierno nacional aumentó la represión.

La oposición armada –conformada por varios grupos; algunos, extremistas– se enfrentó con el Ejército sirio. En consecuencia, el presidente expresó su voluntad de aplastar el terrorismo, que recibía apoyo desde el exterior. La espiral de violencia se expandió por toda Siria y se formaron cientos de brigadas rebeldes para lograr el control de pueblos y ciudades.

En 2012, los enfrentamientos alcanzaron Damasco y Alepo, las dos ciudades más importantes y pobladas del país, y se desató una batalla armada entre los críticos y los adherentes a la gestión de Al Asad. La lucha enfrentó a los alauitas –la rama musulmana más abierta al mundo contemporáneo, a la que pertenece el presidente– contra los sunitas y los chiítas. A la disputa interna se le sumó la participación de potencias internacionales, que financian a los diversos grupos según sus propios intereses geopolíticos.

Algunas ciudades, como Duma, fueron tomadas y quedaron en manos de los insurrectos. Sus habitantes sufrieron la destrucción de sus casas y comenzaron a pasar hambre y a padecer las calamidades propias de una guerra.

El largo conflicto ha devastado económicamente al país. Pero también ha desencadenado el éxodo de miles de sirios convertidos en refugiados y, sobre todo, ha provocado la pérdida de miles de vidas. Según el Observatorio Sirio de Derechos Humanos, sólo entre 2019 y 2020 se contabilizaron cerca de veinte mil fallecidos.

Damasco, Siria, 2014

Conduzco. Piso el acelerador al máximo y aun así no sé si llegaré a tiempo. Conduzco y me juego la vida mientras avanzo. Porque en este día bello y soleado las balas silban a mi alrededor. Conduzco, y a pesar de que el peligro me acecha, mi mente vuela y me lleva a los días vividos recientemente. Y veo, y siento... piel de mujer con aroma marino, besos, cielo azul, destrucción, escombros, calor, latas de durazno.

Sé que son los pensamientos que vienen a la mente de los que están por morir. Los reconozco, pero no me asustan. Sólo quiero salvarla a ella.

Ella.

Odio verla lastimada. Entre las ideas, me asaltan preguntas. ¿Se puede amar tanto a una persona? ¿Cuánto tiempo se tarda en aprender a amar? ¿Meses, semanas? ¿Se puede amar de la manera que yo amo a esta chica que enfrenta la muerte a mi lado? ¿Moriremos hoy?

Una mirada rápida me muestra que hay sangre en cada rincón que me rodea. Ya no sé de quién es. ¿Mía? ¿Suya? ¿De los dos? ¡Por Dios, no quiero que la vida se acabe! ¡No quiero!

Veo una luz fuerte y brillante. Sé que es sobrenatural. La reconozco, la he visto antes. Entonces, me entra una duda. No sé si viene en nuestra ayuda o se acerca a buscarnos para llevarnos del otro lado del gran portal. No me puedo negar a su abrazo. Su inmensa belleza es acogedora. Se acerca y yo la recibo...

CAPÍTULO 1

*Del árbol del silencio
pende el fruto de la seguridad.*

PROVERBIO ÁRABE

Álvaro Sánchez, algo inquieto, avanzó unos pasos rumbo a la salida del aeropuerto de Beirut. En su mano llevaba una pequeña maleta, y en la otra, su celular, que comenzó a vibrar. Miró quién era y decidió responder mientras seguía caminando.

—Hola, Paloma...

—Alvi, hola. ¿Has llegado bien?

—El vuelo fue turbulento pero al fin estoy en el Líbano.

—¿Ya te ha recogido el chofer que contrató el diario?

—No. Estoy rumbo a la salida.

—Vale, ten cuidado.

—Sí, tranquila, mi chiqui. Luego, cuando llegue a Damasco, te aviso.

—Bien, tenme al tanto —respondió la voz femenina y cortó.

A pesar de que la noche anterior había hecho el amor con ella y que habían dormido en la misma cama, al final de su llamada no hubo ningún «Te mando un beso»; mucho menos, un «Te quiero». Entre ellos nunca los había, la máxima expresión de cariño no pasaba de un «Mi chiqui» o un «Alvi». Así estaba planteada la relación. Compartían la pasión por el periodismo, disfrutaban de buen sexo. Y la verdad sea dicha: porque se tenían a mano. Paloma, una catalana de pura cepa con la que trabajaba desde hacía un año en *El Periódico de Catalunya*, era lo más parecido a una pareja estable para Álvaro, quien, a pesar de sus treinta y cinco años, nunca había sentido la necesidad de implicarse en una relación seria, ni de fundar una familia. Su pasión estaba puesta en el trabajo. Siempre se cuidaba de

no comprometerse con una mujer, pues jamás podría cumplir con lo que requerían una esposa e hijos. Ser un trotamundos que saca fotos por los países en guerra colisionaba con la idea de un apacible proyecto conyugal. Para gozar de una familia debería dar un giro drástico a su existencia y transformarse en periodista de oficina, algo que, por ahora, no entraba en sus planes. Le gustaba demasiado la adrenalina, la vida acelerada, los reconocimientos y los premios laborales. Sus amigos lo tildaban de hombre insaciable en lo concerniente a trabajo, ambición y mujeres. Él se quejaba. Pero en el fondo, dudaba. Tal vez lo fuera.

Álvaro continuó caminando por el aeropuerto hasta que se detuvo junto a la puerta vidriada que daba a la calle. ¿Lo estarían esperando como había convenido? Sus ojos claros buscaron entre las personas que aguardaban a los pasajeros que, como él, acababan de bajar del último vuelo. Centró la vista; necesitaba encontrar su nombre entre los carteles que exhibían los conductores. Miró y remiró, pero no lo descubría. Su viaje con Air France desde Barcelona había sido una odisea. Tras una demorada escala en París, varios tramos generaron preocupación. En especial, durante el último trecho hacia Beirut, cuando una turbulencia activó las mascarillas de emergencia y varios pasajeros entraron en estado de desesperación. Luego de aterrizar, confiaba en que el resto de la travesía sería más pacífico, pues todavía le faltaban muchos kilómetros para alcanzar su destino final: la ciudad de Damasco, capital de la República Árabe Siria.

Desde 2011, año en que se desató la guerra, el ingreso había quedado reducido a la vía terrestre. Siria había cerrado sus fronteras y los vuelos internacionales estaban cancelados. Por lo tanto, los pasajeros provenientes de Europa debían arribar al Líbano y luego continuar en auto hasta su destino. Álvaro planeaba cubrir el trecho hasta Damasco en un vehículo cuyo chofer no aparecía. Al menos, no reconocía su apellido entre los carteles.

Resignado, se limitó a esperar; no tenía plan B. Cualquier otra forma de llegar a la capital siria resultaría peligrosa. Si bien

en otra oportunidad había estado en el país para conocer Qara, el pueblo de su abuelo, ahora era diferente: venía por trabajo. Aquel primer viaje le había servido para acercarse a las raíces maternas, esas que llevaba en la sangre junto con las españolas que le había legado don Sánchez, su padre, de quien había heredado el cabello rubio, los ojos claros y alguno que otro de los conocimientos de mecánica que solían sacarlo de un imprevisto. Porque ese había sido el oficio de su padre, quien había fallecido varios años atrás, dejándolo unido a sus raíces españolas y con un pasaporte de la Comunidad Económica Europea gracias al cual había terminado trabajando de periodista en Barcelona.

Álvaro había abandonado la comodidad catalana y se había embarcado en la aventura de instalarse en Siria por la misma razón que en otras ocasiones había visitado naciones en conflicto: para plasmarlo en imágenes. Amaba su trabajo de reportero fotográfico, que periódicamente lo llevaba a cubrir contiendas bélicas en distintas partes del globo. Sentía la necesidad de retratar revueltas sociales, movimientos independentistas, territorios en pugna y luchas armadas entre gobiernos y civiles, sobre todo, en los casos donde la población quedaba como rehén involuntaria de intereses supranacionales. Su misión en la vida consistía en captar en imágenes los dolores de las guerras para luego mostrársela al mundo, y así lograr la presión social sobre quienes contaban con el poder de acabarlas o, al menos, mitigarlas. Sentía que se trataba de su granito de arena en el intento de inclinar este planeta para un lado más justo. Estaba convencido de que las vocaciones —entendidas como gustos y aficiones— venían grabadas en el ADN de las personas. Y si estaban allí, no era por obra de la casualidad —pues ni siquiera se elegían—, sino que se nacía con ellas. Quienes lograban desarrollarlas hacían de este mundo un lugar mejor, porque trabajaban por pasión, y no por dinero. Agradecía que ese fuera su caso.

Desde niño le gustaba sacar fotografías. Su tío le había transmitido el gusto cuando le regaló la vieja cámara Canon que aún atesoraba en la casa donde residía su madre, en La Rioja,

Argentina. A pesar de que llevaba una década en Barcelona, y como buen hijo soltero, todavía conservaba ciertos objetos queridos en su casa materna. Se acordó de esa máquina, de su uniforme del Club Social de Rugby, de la colección de monedas de distintos países y, por supuesto, de su querida madre. Insólitamente, ella le había conseguido el contacto que lo ayudaría a lograr sus fotos del conflicto sirio.

Todo comenzó con una llamada en la que le contó que tenía en mente cubrir la guerra de Siria. Luego le explicó que, si bien la red de corresponsales de prensa internacional funcionaba muy bien y trabajaría con el respaldo de Reporteros Sin Fronteras, sería más sencillo si disponía de conocidos en Damasco —facilitadores, *fixers*, en la jerga—, gente local que pudiera abrirle puertas y garantizarle la seguridad. De inmediato, su madre le brindó los teléfonos de personas que formaban parte de la colectividad siria en La Rioja e hizo hincapié en el grupo de mujeres con las que se reunía semanalmente para cocinar, quienes podrían ponerlo en contacto con gente de confianza.

De esa forma, Álvaro había dado con Abdallah al Kabani, el hermano de Wafaa al Kabani, una vecina y amiga siria de su madre. Para él, esta cobertura periodística entrañaba una cuestión personal. Al fin y al cabo, la sangre de esa gente que sufría las consecuencias de la contienda era la misma que corría por las venas de su madre. Inmerso en esos pensamientos, se sintió extraño, al borde de la emoción, por la tarea que afrontaría. ¿Acaso estas fotos significarían algo distinto al resto de sus reportajes? Se trataba de una situación peligrosa, lo sabía. Desde 2012, Siria ocupaba el podio de países más mortíferos para los periodistas. Y los riesgos crecían. Podían secuestrarlo, herirlo o matarlo. Las tres alternativas le provocaron una sensación desconocida: inquietud. «¿Por qué me lo tomo así, a la tremenda? ¿Acaso se trata de una premonición?», caviló. No pudo responderse porque de repente un hombre que transpiraba copiosamente acababa de entrar al aeropuerto portando

un cartel con su apellido. Contento, sus nefastos pensamientos se esfumaron.

Caminó unos pasos y el libanés fue a su encuentro.

—¿Señor Sánchez?

—Sí...

—*Salam* —dijo inclinándose y luego agregó—: Mucho gusto, soy Mustafá, lamento haberme retrasado. El tráfico estaba fatal —se excusó con un dejo de pena y le extendió la mano para estrecharla con la del recién llegado.

Álvaro había aprendido que, para los árabes, el saludo era muy importante, pues lo consideraban una forma de dar amor, una ofrenda de un ser humano a otro, una bondad que recibirá su recompensa en el mundo espiritual. Pudo comprobarlo en los gestos de su interlocutor y fue condescendiente con el atraso del hombre.

—Lo importante, Mustafá, es que has venido —dijo sonriendo mientras abandonaban el aire acondicionado del aeropuerto. El calor terriblemente abrasador del verano del Medio Oriente le dio de lleno en el rostro.

Tras acomodar la maleta y el equipo fotográfico de Álvaro, Mustafá condujo rumbo a Damasco. A cada kilómetro que avanzaban, la capital del Líbano quedaba a sus espaldas, pero aumentaban los retenes. Demorados por los controles, el viaje de cien kilómetros que apenas demandaba dos horas insumiría cuatro. Por suerte, Mustafá, que charlaba sin parar usando el español mezclado con palabras árabes, alivió la odisea terrestre con preguntas y comentarios formulados con tanto tacto que logró que los temas resultaran impersonales y triviales. Acostumbrado a trasladar pasajeros, evidentemente sabía muy bien que nadie brindaría información que luego podría ponerlos en peligro.

Una vez que llegaron al control fronterizo libanés, le sellaron el pasaporte. Luego, a escasos metros, repitió la operación del lado sirio. Sin embargo, este trámite fue un poco más engorroso porque se sumó la revisión del equipaje.

Cuando los hombres hicieron comentarios sobre sus equipos de fotografía y llamaron a un supervisor, Álvaro temió un problema. Pero al comprobar que el encargado daba el permiso, se tranquilizó.

La primera vez que visitó Siria para conocer el pueblo de su abuelo había usado su pasaporte argentino y el trámite había resultado sencillo. Los oficiales de Inmigración lo habían registrado como un simple turista con ancestros en Siria y con parientes en Qara. Además, había contado con la complacencia que provoca el documento argentino, que en Medio Oriente siempre es mejor recibido que el español. Pero en esta oportunidad, había presentado el pasaporte legado por don Sánchez —con su correspondiente visado— y las credenciales de periodista.

Su jefe en Barcelona le había advertido: «Tienes que ser cuidadoso, siempre se corre el riesgo de ser secuestrado por algún grupo extremista. Si eso sucede, ya sabes: quedas en sus manos». Claro que lo sabía, no se le borraba la imagen de su amigo, el periodista Marc Marginedas, recientemente liberado después de seis meses de cautiverio. Cuando lo cruzó en los pasillos del diario tras el secuestro, le costó reconocerlo por la delgadez de su figura y el rostro demacrado. Durante el abrazo, Marc le dijo: «Fue atroz». Luego, al intentar entablar una conversación, no pudo; taciturno y huidizo, su colega parecía una persona diferente. Debieron pasar varias semanas para reencontrarse con el viejo Marc.

Marginedas no era el único. Javier Espinosa y Ricardo Gracia, más decenas de periodistas y fotógrafos de todo el mundo, habían pasado por trances semejantes. Los grupos sediciosos levantados en armas contra el gobierno sirio buscaban capturar a los reporteros porque significaban grandes victorias que les proporcionaban fama y dinero. Aunque no quedaba constancia, se pagaban suculentos montos por los rescates, dinero con el que financiaban la causa rebelde.

Al ingresar en Damasco, cerca de la dirección de destino, pese a la charla que habían compartido, el conductor desco-

no sabía el propósito del viaje de su pasajero. Tampoco estaba al tanto de que, tras visitar la casa de Al Kabani, se instalaría en un hotel. Mustafá, un verdadero experto en escapar de temas prohibidos como política, religión y datos personales, ni siquiera había preguntado a qué se dedicaba su acompañante.

Al bajarse del vehículo, Álvaro se despidió con una sonrisa agradecida. Mustafá había sido un agradable compañero de viaje. Luego, con su maleta metalizada en la mano, de pie frente a la dirección que tenía en su teléfono, miró el lujoso edificio de varios pisos que se erigía ante sus ojos. Tras reparar en los guardias armados que custodiaban el ingreso de un imponente pórtico de mármol, se fijó en la pintoresca y antigua plaza oriental ubicada enfrente. El rumor de la fuente y los bancos de piedra negra, una mezcla de construcción antigua y moderna que ratificaba el mote de «ciudad más vieja del mundo», invitaban al sosiego.

La arquitectura de la zona destilaba lujo. No era para menos: estaba en Abu Rummaneh, el barrio de las embajadas y de las familias ricas y poderosas de Damasco. Abdallah al Kabani, su facilitador, vivía allí y reunía las características de esa clase de persona. Si bien su hermana, Wafaa, le había dado su teléfono, Álvaro creyó oportuno –por respeto– contactarlo a través de la página web de sus comercios de exportación de telas. Tras el primer acercamiento, el hombre le sugirió conversar por teléfono. Con suma discreción, Álvaro lo llamó varias veces. Pero si bien Al Kabani había sido muy amable, Álvaro no terminaba de saber –dada la imposibilidad de tocar abiertamente el tema hablando por línea– hasta qué punto su contacto sirio lo apoyaría. En la última charla le había dado la fecha de su viaje y el empresario, haciendo gala de la hospitalidad siria, lo había invitado a su casa después de investigarlo y de pedirle antecedentes a su hermana Wafaa. Cuando Álvaro le comentó que le gustaría tomar fotos de su fábrica en Duma, la ciudad que había quedado en manos de los rebeldes, obtuvo como primera respuesta: «Es imposible. No podrá llegar porque no lo dejarán

pasar». Pero luego le propuso: «Venga a casa, aquí hablaremos». Álvaro, que captó la prudencia que escondían esas palabras, aceptó sin dudar un instante.

Inmerso en el recuerdo de aquellas charlas, y con la convicción de que este hombre lo ayudaría a conseguir las fotografías que pretendía, notó la dura mirada de los guardias. Entonces, decidió hacer una llamada a Al Kabani para que le autorizara la entrada. Evidentemente, sería la única forma de que pudiese ingresar al edificio. A pesar de que la guerra no se desarrollaba en Damasco, se respiraba cierta tensión en el ambiente. Una quietud extraña se notaba si se observaban los detalles con detenimiento: muchos custodios armados patrullando las calles en camiones militares, agentes de seguridad movilizados en autos negros, personas murmurando, pasos apurados, los constantes cortes de luz y el sonido de estallidos provenientes de algún suburbio donde se estaba peleando.

* * *

Minutos después, Álvaro conoció personalmente a Al Kabani. Y en el interior de su amplio departamento, mientras disfrutaba del aire acondicionado, reparó en que, por lo lujoso, bien podía pasar por un *penthouse* ubicado en Manhattan. Pero ciertos detalles típicos sirios, como los cojines de seda desparrramados entre los sofás, las lámparas de cobre tallado y las alfombras gruesas de diseño oriental, delataban su ubicación en el mundo árabe. Durante la charla, supo que el anfitrión profesaba la religión sunita, a diferencia del presidente de la nación, que era alauita. Y también que no tenía una relación estrecha con su hermana Wafaa, pues el hombre parecía saber poco de la vida de ella, al igual que de sus sobrinos argentinos, los muchachos que tanto nombraba su madre. Claro que no preguntó nada respecto a ninguno de los dos descubrimientos porque no estaba bien visto abordar cuestiones personales, de religión o política.

Sentados en la sala, los dos hombres mezclaban idiomas; alternaban el árabe con el español y el inglés. Álvaro, como herencia de su madre, manejaba un poco de árabe pero no le alcanzaba para comunicarse en una conversación intensa. Cuando la mucama filipina llegó con sendos vasos de vidrio repletos de té, Al Kabani se dirigió a ella en inglés. La mujer se retiró y los hombres prosiguieron su charla mientras tomaban la típica bebida.

—Habla muy bien el español —comentó Álvaro.

—Tuve que aprenderlo para poder vender mis telas a los españoles.

—¿Cómo se arregla con sus industrias ahora que el país está en guerra?

Era *vox populi* que las exportaciones estaban suspendidas y la economía siria se hallaba alterada por completo.

—Pues los españoles y los estadounidenses quieren mis telas y yo no puedo despacharlas. Mis fábricas de Duma en este momento están cerradas. Como sabe, la ciudad ha sido tomada por los rebeldes y la zona es completamente belicosa.

—Por eso recurrí a usted. Como le adelanté por teléfono, quiero fotografiar Duma.

Álvaro habló abiertamente. Estaban solos. Era el momento. Al Kabani hizo lo mismo.

—Por esa razón he decidido ayudarlo. Deseo que muestre al mundo las fábricas cerradas, las industrias sin poder exportar, sin siquiera poder vender en nuestro propio país a causa de la violencia reinante. Es necesario que las naciones vean lo que nos está pasando.

—Entiendo. Eso es lo que quiero exponer con mi trabajo.

—Usted lo sabrá de sobra, pero en Duma deberá extremar los cuidados porque corre muchos peligros.

—Lo sé, lo sé...

—Supongo que también tiene claro que el mero hecho de hablar de estos temas puede provocar que nos maten.

—Estoy al tanto, quédese tranquilo. Soy periodista.

—Bien. Entonces le contaré algunos detalles para que comprenda la magnitud de lo que vivirá en Duma. Las bombas y los tiroteos no cesan. Los cortes de luz y la falta de agua corriente son constantes. Hay zonas que están completamente incomunicadas entre sí.

—Sé que en los lugares tomados por los milicianos la violencia es extrema, que no sólo pelean contra el ejército, sino también entre los diferentes grupos rebeldes.

—Así es, señor Sánchez. Esos grupos están en continua lucha contra el ejército del presidente Al Asad, quien trata de recuperar la ciudad, verdadero objetivo de disputa más allá de las luchas internas.

—A eso he venido: quiero fotografiar la ciudad. Sólo necesito ingresar a Duma. Lo demás será similar al resto de las coberturas periodísticas realizadas en otros conflictos bélicos.

—¿Ha estado en otros países en guerra?

—Sí, en Afganistán e Irak. También cubrí la insurgencia en Nigeria.

—Bien, entonces sabrá cómo moverse. He buscado un contacto para que pueda entrar a Duma. Esa persona lo llevará, se asegurará de que ingrese y lo acompañará a la fábrica. El regreso, probablemente, sea bajo su responsabilidad.

—Estoy de acuerdo. Le agradezco.

—Es un hombre de mi confianza. Le he pagado muy bien a él... —dijo en tono confidente. Luego agregó—: Y a los que deben permitirles la entrada.

—Gracias. Yo no podría haberlo hecho.

Podía imaginarse pidiéndole dinero a su jefe para estos menesteres y también su respuesta: «¿Estás loco?».

—No se preocupe, que para algo Alá me ha permitido tener fortuna. No todo es para darse gustos. La bendición trae responsabilidad. Ahora bien, tenga en cuenta que el contacto lo llevará en su auto para sortear los controles sin problema.

—¿De dónde saldremos?

—De aquí.

—¿Cuándo?

—Mañana al mediodía.

—Entonces volveré a esa hora. Estoy muy agradecido —dijo Álvaro mientras se ponía de pie. No quería seguir molestando. Además, aún le restaba llegar al hotel que el diario le había reservado en el centro. Apoyó la mano en el carro de su valija listo para retirarse.

—Espere, por favor, hay una cosa importante: esta noche no dormiré en otro lugar que no sea mi casa.

La frase lo tomó por sorpresa.

—Gracias, pero no quisiera importunar.

—No es una molestia. Y no se lo estoy ofreciendo como una opción. Se quedará en mi casa porque es mejor partir con el contacto desde aquí. Además, usted es mi huésped.

—¿Cree que es lo mejor? —preguntó resignado. No tenía elección.

—Jamás permitiría que una visita mía, recomendada por mi hermana Wafaa, durmiera o comiera en otro lugar que no fuera mi casa —dijo Abdallah utilizando un tono ceremonioso. Como buen sirio, tenía incorporada la idea de hospitalidad y hacía gala de ella. No aceptaría que se la rechazaran, se trataba de su dignidad. Era parte de su cultura.

Álvaro lo captó. Comprendió que, si insistía, el hombre se ofendería al punto de arruinar su oportunidad de ir a Duma.

—Entiendo y está bien. Haremos como usted disponga.

Al Kabani sonrió complacido.

—Mahalia lo acompañará al cuarto que he destinado para usted —dijo y tocó la campanita para llamar a la empleada filipina. Luego agregó—: En dos horas lo espero en el comedor para cenar y le presentaré al resto de la familia.

La mucama apareció y enseguida lo guió. Se trataba de una señora mayor. Las familias sirias adineradas solían contar con domésticas filipinas que emigraban al país debido a que se les pagaba muy bien. Se las prefería por sobre otras nacionalidades porque destacaban por ser muy serviciales; además,

instruían a los hijos en el idioma inglés, que dominaban a la perfección.

De camino al cuarto de la planta alta que le habían destinado, divisó una puerta abierta que le mostró que en la casa vivía una chica joven. La habitación tenía las paredes empapeladas con flores de lis, acolchado y cortinas haciendo juego en tonos de rosa y detalles inequívocamente femeninos y juveniles. Le pareció una decoración recargada, una moda nada minimalista, pero se trataba del estilo preponderante en los hogares de Damasco. Había leído que en Siria las personas no tenían interés por viajar, no gastaban en vuelos, sino que preferían invertir ese dinero en cambiar el mobiliario completo y la ropa de cama una vez al año, antes de la llegada del invierno.

Cuando Sánchez se quedó solo en su suite se sintió raro. Acostumbrado a los hoteles, ahora se hallaba instalado en un lujoso cuarto de una casa siria decorado al mejor estilo de Medio Oriente: los empapelados, las cortinas y los acolchados combinaban el gris con el blanco y todos repetían el mismo motivo: el dibujo de un halcón. Se trataba de un hogar extraño con costumbres diferentes a las conocidas. Su trabajo, que le permitía descubrir detalles idiosincrásicos en diferentes latitudes, le resultaba emocionante. Decidió darse una ducha y descansar hasta la hora de la cena. El viaje lo había dejado agotado.

* * *

Tendido en la cama, con los ojos cerrados, soñoliento, Álvaro escuchó que golpeaban la puerta del cuarto y una voz que provenía del más allá le anunciaba:

—*Mister Sánchez, they are waiting for you to dinner.*

Abrió los ojos y recordó dónde estaba. Se había quedado completamente dormido y el reloj marcaba las 20.15. Mahalia le recordó que lo esperaban para cenar. Ante la demora, Al Kabani la había enviado para buscarlo. Se puso de pie y, apurado, se calzó una camisa blanca y un jean. Se miró al espejo; aún lucía

cansado. Se mojó la cara y su pelo claro para despabilarse. Y en unos instantes bajó al salón con el cabello húmedo. No lo llevaba corto. Se lo acomodó con las manos como solía hacer cuando estaba nervioso. Sentía cierta ansiedad por la velada que le esperaba.

* * *

Media hora después, la cena se desarrollaba con normalidad en el comedor de la familia Al Kabani. Comían *iabra'a*, unos *rolls* de arroz y carne envueltos en hojas de parra, y *hummus* de garbanzo, acompañados por *tamr hindi*, una bebida dulzona y levemente ácida muy refrescante, elaborada a base de dátiles. Según le explicaron, se trataba de un menú habitual en la casa. En esa velada, lo único distinto era la ubicación de los comensales en la mesa. Se había agregado una silla para Álvaro Sánchez, el periodista occidental nieto de sirios que se encontraba de visita.

La familia de Abdallah estaba compuesta por su esposa Anisa y dos hijas: Salma, la mayor, que esa noche se hallaba presente, y Malak, que vivía en Beirut y estaba casada.

Entre los comensales se hallaba Namira, la hermana de Abdallah, quien había llegado de visita para conocer al periodista.

Las tres mujeres iban vestidas a la manera occidental y no llevaban *hiyab* en la cabeza. A veces, la influencia cosmopolita que le otorgaban los viajes o los roces con costumbres europeas volvía a las familias musulmanas más flexibles y se permitían sortear la tradición de taparse el rostro y el pelo, y lucir ropa de estilo moderno. A Álvaro le llamó la atención que Salma prescindiera de calzado y sólo llevara puestas medias. No sabía por qué. ¿Acaso se trataba de una costumbre siria que él no conocía?

Durante la charla, a Álvaro le quedó claro que Al Kabani era un empresario importante y que sus dos hijas habían estudiado en la Universidad de Damasco. Salma, de veintiséis años, se había graduado como traductora de español. Tenía una belleza delicada y oriental: grandes ojos marrones claros de largas pes-

tañas, cabello oscuro muy largo y piel extremadamente dorada. Álvaro la encontraba hermosa pero sólo la miraba cuando ella tomaba la palabra. Quería ser muy cuidadoso, estaba en una casa siria sunita y de religión musulmana. Bastante abierto había sido su anfitrión al permitirle cenar con las mujeres. De hecho, amigos y colegas le habían relatado que, de visita en casas sirias, habían comido sólo con los hombres de la familia. De esa forma, los padres evitaban posibles situaciones problemáticas, como miradas inapropiadas o indiscretas. Aun las familias de la comunidad cristiana establecida en Siria –aunque minoritaria con respecto a la musulmana, era importante social y políticamente en la vida de Damasco y Alepo– criaban a sus hijos de manera mucho más conservadora que las de Occidente

Anisa tenía rasgos más rústicos que su hija; Salma se parecía más a su tía que a su madre. Definitivamente, los genes de su padre habían sido más fuertes.

En su juventud –juzgó Sánchez–, Namira debió haber sido una mujer hermosa. Y si bien calculó que rondaba los setenta años, aún conservaba sus atributos. Ella contó que llevaba adelante un negocio inmobiliario próspero: compraba y vendía propiedades y alquilaba departamentos amoblados para turistas. De sus palabras, Álvaro dedujo que sería propietaria de varias decenas de departamentos que manejaba a través de administradores. Viuda desde hacía muchos años, no tenía hijos, pero sí dos grandes perros de raza mastín napolitano a los que amaba.

Anisa no trabajaba; jamás lo había hecho. Se notaba que vivía en un mundo propio, ajeno a las responsabilidades, y sometida a la tutela de su marido –casi– como si fuera una niña. Sus intereses se relacionaban estrictamente con la comida y la familia, pues todos sus comentarios e indagaciones se dirigían a esos temas. En medio de la velada, le preguntó:

–Señor Sánchez, ¿es verdad que su madre cocina cada viernes con mi cuñada?

–Así es, son amigas. Participan de un grupo que se reúne a cocinar comida siria.

—Me parece tan extraño que ella se haya acostumbrado a vivir en un país tan lejano como el suyo. Cuando perdió a su marido pensé que regresaría a Siria, pero no fue así —dijo Anisa.

—Creo que justamente comparten mucho con mi madre porque ambas son viudas.

—Será... —dijo levantando los hombros. Luego agregó—: Sé que fue al pueblo de los ancestros de su madre. ¿Allí conoció a sus parientes?

—Sí, pero sólo había algunos primos lejanos con los que no mantuve la relación. Pasó demasiado tiempo entre que mi abuelo se fue a la Argentina y mi visita a Qara.

—Tenemos muchos amigos que toman mate —comentó Namira.

—¿Aquí, en Siria? —preguntó Álvaro sorprendido.

—Sí. Es una costumbre que se ha arraigado —explicó Namira— porque muchos inmigrantes que regresaron a Siria tras vivir un tiempo prolongado en su país la trajeron. ¿Usted toma? ¿Cree que es un vicio?

Por momentos, Álvaro se sentía en un interrogatorio. El grupo lo indagaba sobre distintos temas, y respondía. Pero se abstenía de llevar la conversación hacia cuestiones personales referidas a la familia Al Kabani. Y en ese afán, mencionó que había oído que el *tamr hindi*, la bebida que estaba sobre la mesa, solía tomarse durante el ayuno de Ramadán.

Al Kabani le preguntó:

—¿Usted sabe qué es el Ramadán?

—Entiendo que es el mes del ayuno, los días en que no se come.

—Es mucho más. No sólo se trata de comida, sino que es un tiempo de autopurificación. Nos levantamos antes del alba para tomar un desayuno ligero porque no volveremos a ingerir nada mientras haya luz. Se trata de limpiarse física, mental y espiritualmente. Durante ese tiempo no se habla mal de otros, se ayuda a quien lo necesita. Son treinta días para aprender a ser generoso, cordial y servicial con la familia y con la comunidad.

—Desconocía la profundidad, pensé que sólo se trataba de evitar la ingesta de alimentos —dijo Álvaro, que también había escuchado que se abstenían del sexo. Pero no se atrevió a comentarlo.

—La idea es que ese mes sirva para limpiar el organismo, fortalecer la voluntad, incrementar la paciencia y aprender a ponerse en el lugar del que no tiene comida.

—Es en mayo, ¿verdad? —dijo Álvaro tratando de no mostrarse tan ignorante sobre la tradición islámica.

Sin embargo, la cuestión de la fecha no era tan clara, y la lección de Al Kabani continuó:

—El inicio varía porque nos guiamos por el calendario lunar. Es el noveno mes de ese sistema. Por eso el Ramadán comienza once días antes cada año. Coincide con la fecha en la que el profeta Mahoma recibió la primera revelación del Corán.

—Muy interesante —señaló Álvaro sin atreverse a hacer más comentarios. Definitivamente, el Ramadán resultaba más complicado de lo que había creído.

Salma, que percibió la contrariedad en el rostro del periodista, le ofreció una vía de escape.

—Cuénteme, señor Sánchez, acerca de sus fotografías —dijo ella luciendo un perfecto español, propio de su título de traductora.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Álvaro, que no deseaba volver a equivocarse en las respuestas.

—Por ejemplo... ¿Siempre cubre guerras? ¿Cómo empezó con este trabajo?

—Mi inicio es una larga historia... —suspiró Álvaro, deseoso de explayarse sobre la labor que lo apasionaba.

La muchacha demostraba interés y conocimiento sobre el tema.

—¿Vende las imágenes a un solo periódico? —preguntó Salma. Y él otra vez respondió con detalles.

Durante la cena, y al abordar ciertos temas, Álvaro notó la misma sutileza de la que hizo gala el chofer que lo trajo del Líbano. Pero algo quedaba claro: Abdallah y su familia se ha-

llaban molestos con la guerra porque impedía que los negocios fluyeran por su cauce normal. Cada día en guerra, con la fábrica y la exportación cerradas, perdían miles de dólares. Y aunque más modesto, el negocio inmobiliario de Namira también se resentía por la ausencia de turistas.

Las tres mujeres estaban al tanto de que el hombre pensaba ayudarlo para llegar a Duma al día siguiente. Si bien no lo hablaban abiertamente, había comentarios que lo denotaban.

Ya iban por el postre, un delicioso *baklava* que cautivaba con su dulzor los sentidos de los comensales, cuando Abdallah formuló una última, contundente e inesperada pregunta.

—Señor Sánchez, ¿y cuáles son sus ideas políticas respecto a esta situación que estamos atravesando? ¿Está del lado de Rusia o de Estados Unidos? Los occidentales siempre apoyan uno de esos dos extremos.

La pregunta lo tomó por sorpresa. Nada de religión ni de política y de golpe semejante interrogante. Pensó la respuesta mil veces en diez segundos. Una palabra equivocada y podía perder todo lo que había logrado. Lanzó su idea a cuentagotas.

—Amo al pueblo sirio, es la sangre de mi madre. Creo que son víctimas de las potencias atraídas por las riquezas de su nación. Rusia y Estados Unidos son las cabezas visibles de los bloques interesados.

Estaba por agregar algo, pero comprendió que sería mejor ser amo de su silencio, y no esclavo de las palabras, y se calló.

Abdallah lo miró por unos instantes y luego hizo un gesto de complacencia. Sánchez respiró aliviado, había acertado en responder escuetamente.

Hacia el final de la velada, cuando compartían los últimos minutos de sobremesa, Namira comenzó a organizar la partida a su casa. Por celular llamó a su chofer. La visita había terminado. Regresaría en su auto tal como había llegado.

Ante la distracción de los comensales, Álvaro aprovechó para consultar su teléfono. Acababa de entrarle un mensaje de Paloma con tono de recriminación: «¿Se puede saber si has llegado

bien? ¿Estás vivo?». No lo llamaba Alvi, ni siquiera Álvaro. «Molesta y con toda razón», reconoció. ¡Se había olvidado de darle noticias! Decidió apurar su retirada de la mesa pretextando cansancio y se marchó a sus aposentos de la planta alta. Ya solo, con la camisa fuera del pantalón, intentó disculparse con Paloma mostrando su faceta más cariñosa: escribió «Mi chiqui» y le contó las novedades. Luego envió otro a Tomás Torrens, su jefe en *El Periódico de Catalunya*, para adelantarle que el viaje iba bien, y se quedó profundamente dormido. Su último pensamiento fue «Ojalá duerma bien». Necesitaba descansar. Le esperaba una jornada difícil.

Frente al ingreso de mármol del edificio, el chofer de Namira le abrió la portezuela del coche a su jefa en el mismo momento en que Abdallah atendía en el comedor una llamada de Ibrahim, el contacto que llevaría a Álvaro Sánchez hasta Duma, quien le avisaba que la partida debía posponerse veinticuatro horas ya que no estaban dadas las condiciones de seguridad, porque el guardia que les flanquearía el ingreso a la ciudad no se encontraría en su puesto. «Por lo tanto, el traslado del paquete se hará pasado mañana», dijo Ibrahim en clave. Luego cortó.

—¿Todo bien, padre? —preguntó Salma.

—Sí, sólo que la partida se pospone veinticuatro horas.

—¿Te preocupa? —preguntó Anisa a su esposo.

—No. Esas pocas horas no cambiarán nada. Mañana le avisaré a Sánchez, ahora probablemente esté dormido —dijo Abdallah sin imaginar cuánto cambiarían su vida y la de su familia esas horas de demora.

El tiempo, esa palabra inventada por los seres humanos para medir los cambios que se producen en su mundo, para mensurar cuánto se tarda en pasar de un estado a otro. Las horas, esa medida que, dependiendo de con qué se las rellene, podían cambiar un entorno, transformar una vida, trastocar la existencia de una familia.